

LA UNCIÓN

POR

ALBERTO WAGNER DE REYNA (*)

La Unción. Otrora se decía “la extrema unción”, y se solía administrar al acercarse la muerte. Una reforma cambió de nombre a este sacramento, que se llama ahora “de los enfermos”. Y hay la tendencia de volver a la práctica del Cristianismo primitivo de administrarlo también —individual o colectivamente— a personas de avanzada edad pero con salud satisfactoria para sus años. Con ocasión de una seria operación —hace tiempo de ello—, y con las premuras consiguientes, recibí por primera vez esta unción sacramental. En verdad reparé muy poco en su importancia —más allá del fugaz momento del peligro—, y con mi restablecimiento prácticamente olvidé lo que para mí fue un acontecimiento más de mi estancia en el hospital. Poca huella dejó, pues, en mí. ¿Fue por falta de preparación, en medio de tantas urgencias terapéuticas? ¿O por insuficiente concentración de ánimo, a pesar de tener muy presente la significación teológica del rito?

Hace algunas semanas, e inspirándome en la razones que recomiendan acercarse a este sacramento en plena lucidez —antes de la aparición de los signos de decadencia que preceden a la muerte—, pedí en mi parroquia que me fuera administrado. Lo recibí en mi escritorio, juntamente con la Eucaristía, que no tenía

(*) Nuestro ilustre colaborador el embajador y profesor peruano Wagner de Reyna, en la fiesta de la Epifanía de este año de gracia de 2006 ha escrito esta reflexión sobre el sacramento de la unción de los enfermos. Aunque la temática escapa del ámbito específico de Verbo, nos ha parecido oportuno ofrecer a nuestros lectores este testimonio de alta significación (N. de la R.).

—evidentemente— carácter de “viático”. Fue una experiencia espiritual y existencial extraordinaria, que relato porque quisiera que otros fieles de mi edad —he pasado los 90— pudieran también disfrutar de ella. Por lo pronto, me embargó un sentimiento de seguridad, de paz interior, al saberme debidamente preparado para presentarme ante el Señor. (Si fuera mujer, diría que me contaba entre las vírgenes prudentes que entrarán con el novio a la sala de fiestas). Ya nada me importa y venga lo que venga, sé que Cristo me encontrará en servicio activo, con las cuentas saldadas, debidamente arreglado, dando gloria a Dios y garantizado por sus promesas solemnes de reconocermelo como discípulo en el momento decisivo. No era una “seguridad” del satisfecho propietario que tiene sus almacenes llenos de riquezas, sino la tranquilidad del hijo que confía plenamente en el amor de su padre. A esta vivencia espiritual se añade una segunda sensación: el haber logrado la plena realización de las potencialidades de mi vida. Soy alguien que ha cumplido totalmente su tarea; que ha redondeado victoriosamente su existencia terrenal; que ha triunfado en la vida. ¿Pues que mayor satisfacción que haber ganado el Cielo, por la misericordia de Dios?

La Unción de los enfermos corresponde así —al otro extremo de la vida— a la Confirmación. La una inaugura el ejercicio consciente y activo del Cristianismo, la otra es su feliz remate, su conclusión. Entre una y otra es la tempestad —de luchas, traiciones, caídas, remordimientos, penitencias, reconciliaciones—; antes de la Confirmación se encuentra la calma de la inocencia; después de la Unción, el sosiego de un atardecer de luminosos celajes. Y entonces me dí cuenta que el crepúsculo vespertino de la vida, que exorcizaba este sacramento, era en realidad la aurora, que anticipaba el brillo del Sol, en que en breve me hallaría. No es un momento triste, sino por lo contrario un tiempo de alegría, de gozo, de jubilación. ¡La gloria de Dios! Y consecuente con esta realidad, con este “descubrimiento”, el estado de ánimo con que enfrenté mis últimas jornadas se hace ligero, despreocupado y plácido. Pero hay algo más: con todos los problemas espirituales y religiosos resueltos por la Unción, me siento en confianza con Cristo. Tomo en serio que pertenezco al grupo (que debiera abar-

car a la humanidad entera) de los que llama su “amigos” y “hermanos”. El maestro se confunde con los discípulos y entre “colegas” todo se facilita. Si un domingo no me siento con fuerzas para ir a misa, no tengo que luchar con escrúpulos y analizar a fondo si estoy liberado de esta obligación; el “hermano” Jesús me perdonará si incumplo un mandamiento de nuestra Iglesia (suya y mía). La Unción posee, pues, la misma fuerza que la verdad: hace libres. No solo consuela —“conforta” en la fe— sino transforma, vivifica, alegra, empuja, supera. Es como la paloma que trajo a Noé, en el arca, una rama —verde y fragante— de la nueva vida.